

Ante el Rostro de una Ciudad

22/11/56

* * *

PARIS (14, Nov.).— Las cartas de Lima expresan claramente que, visto desde allá, el panorama de la Europa del momento se ofrece como presa del pánico y la desesperanza, al borde de una catástrofe bélica. Sé de personas que han sido llamadas por los suyos por temor al estallido inminente de la guerra, como si la salvación dependiera de una oportuna huida del probable campo de acción de los bombarderos y los tanques. El espejismo es explicable si se piensa que, por razones obvias, las primeras planas de los diarios están dedicadas, con profusión informativa, a los problemas internacionales, especialmente a los que se desarrollan en el Medio Oriente y en las zonas de influencia soviética, cuyos ecos en las calles de una capital como París son inmediatos.

La realidad aquí, sin embargo, es otra. Quien arribe a tierra europea en estos días y se sumerja en una de sus urbes no distinguirá el ardor que las noticias evidencian, no tendrá, por supuesto, esa visión trágica que tanto alarma. París, por ejemplo, muestra su rostro tradicional. Excepto las manifestaciones públicas de hace unos días, nada ha alterado la faz del centro de Francia. Las calles son escenario de la vida de la multitud, los teatros levantan sus prodigiosos telones cuotidianamente ante salas abarrotadas, los cines reciben su diaria avalancha de muchedumbres, Pigalle brilla de luces, Saint Germain des Prés no cesa en su noctambulismo policromo y cosmopolita, Montmartre existe pleno de canciones, sombras y aromas.

Y si bien los diarios y las revistas reservan a los despachos de Egipto y Hungría sus mejores lugares, sus páginas están colmadas con artículos que tratan de temas pacíficos, interesantes o curiosos. Tal vez éste sea el mejor testimonio de que no hay terror. Por ejemplo, el delegado francés al Congreso Mundial de Hotelería plantea a sus compatriotas un problema vital de la gastronomía. "¿Debe comerse la ensalada con o sin cuchillo?", se pregunta el buen señor Decaux, cuya amplia sonrisa ocupa dos columnas del periódico. El espera imponer, con su simpatía y su dialéctica, la tesis nacional que niega al instrumento cortante toda intervención en dicho plato. A su lado, una columnista habla de los regalos de Navidad y aconseja, con juiciosa medida, los más baratos y útiles. Así el resto.

Aparte de los teatros y los cines, de los restaurantes y las "boites", el parisiense ha podido ver en estos peligrosos días al Circo de Pekín, una especie superior de fiesta de color, música, gracia y habilidad, y ha podido contemplar el juego maravilloso de Puskas, el genial futbolista húngaro, ante los principales cuadros franceses. La despedida que le ha tributado la afición parisiense al famoso equipo húngaro, antes de retornar a su torturada patria, ha sido calurosa, no sólo por los triunfos que aquí ha obtenido, sino por la significación que en estos días tiene Budapest para el mundo.

La huelga decretada por la C.G.T. (organización obrera dirigida por los comunistas) no fue advertida por nadie. Sólo una línea del Metro y una de autobuses acataron la orden de paro parcial, y París fue y vino por sus laberintos urbanos sin complicación de ninguna clase, alegremente, batallando ya con la lluvia que señala un invierno tan crudo como el pasado. ¿Indiferencia? De ninguna manera. No se habla de otra cosa, en primer término, que de política, pero nadie supone ni remotamente que la cuerda se romperá. "Hemos sufrido mucho, señor —me dice un mozo de café cuando le pregunto qué piensa de la situación—, y no queremos que nuestros hijos sean víctimas de lo mismo".

Pienso que va a ser muy difícil que la paz —de algún modo tenemos que llamar a la situación actual— se quiebre por voluntad del hombre común. La vida corre y no es posible quedarse atrás o andar en sentido contrario. Por algo, contra los medios modernos de destrucción, hay ahora una máquina de escribir electrónica que es la perfecta dactilógrafa, unos versos de Moliere redivivos en la boca, de excelentes comediantes, un vaso de vino en cada hora de descanso y mucho amor en el corazón de todas las gentes...

Sebastián Salazar Bondy